



RELACION HISTÓRICA

en que se refiere la peregrina y trágica vida de la penitente
anacoreta, la princesa de Brabante

SANTA GENOVEVA,

SACADA DE LA VERDÍCA HISTORIA DE LA MISMA SANTA.

No canto fingidos hechos,
ni invento falsas novelas
que en doradas copas brindan
estrágos á la inocencia.
Canto solo para dar

un discño donde vea
el mundo todo, que Dios,
amoroso Padre, vela,
favoreciendo al que sigue
de sus preceptos la senda.

P. 18. 1891

Canto la trágica vida
de una singular princesa,
cuyos prodigios agotan
los rios de la elocuencia.
De los duques de Brabante,
cuya antigua estirpe régia
produce con los laureles
enlazadas las diademas,
nació un ángel de hermosura,
de los que naturaleza
gasta un siglo en producir,
pues en ellos solo ostenta
acumular perfecciones
que al sexo frágil desmienta.
Por el agua del bautismo
subió á superior esfera,
siendo ángel de su alma
la que en su cuerpo lo era.
A petición de los duques
su nombre fué Genoveva,
aunque despues el de ángel
se mereció por sus prendas.
Crióse en la tierna edad
dando tan sensibles muestras
de su gracia y su donaire,
que todos á competencia
admiraban ver unidas
en una edad tan tierna,
discrecion de muchos años
y de pocos la inocencia.
Apenas empezó á andar
cuando dió muy claras muestras
que al retiro y soledad
la destinaba su estrella.
Con ese objeto á un jardin
donde Flora y Amaltea
empeñaron sus pinceles
para ostentar su destreza,
halló un sitio retirado
entretejido de yerbas.

Allí formó una capilla
de mil primores compuesta;
despues hizo un altarito,
que fué el ara donde empieza
á ofrecer al Redentor
primicias de su inocencia.
Esta fué su diversion, y
y á su culto siempre atenta,
no dió lugar á los juegos
que lleva la edad primera.
Así vivió entretenida
hasta que su fama vueta
por el orbe, despertando
príncipes que la pretendan.
Muchos al duque, su padre,
con muy rendidas oferta-
la pidieron por esposa.
Solo pudo merecerla
el gran conde Palatino
Sigifredo, cuyas prendas
aun mayores que la fama,
compiten con su nobleza.
Celebráronse las bodas,
displicente Genoveva,
que amaba más su retiro,
y solo por obediencia
trócó en brazos de himeneo
el puro esplendor de Vesta.
Vivieron algunos años
disfrutando la riqueza,
con que afable la fortuna
les brindaba á manos llenas;
hasta que le fué preciso
á Sigifredo la ausencia,
por reprimir el orgullo
con que la africana secta
intentaba enarbolar
en la Galia sus banderas.
No expresaré los suspiros
con que sintió Genoveva

la marcha de su marido
á tan peligrosa guerra;
baste decir que le amaba,
que el pecho donde amor reina
más sabe sufrir la muerte
que tolerar una ausencia.
Tiene el conde un mayordomo
á quien con extremo aprecia:
á este encarga que cuide
con esmero y diligencia
de su esposa, pues él marcha
dejando el alma con ella.
Alegróse el mayordomo,
y con traidora reserva
ofrece rendido al conde
atender á Genoveva.
¡Oh, pobre inocente conde!
¡ojalá que no te fueras,
pues tienes mayor contrario
en tu casa que en la guerra!
Ausentóse, en fin, el conde,
quedándose la condesa
en cinta de pocos meses,
y el mayordomo, que encuentra
la ocasion que pretendia,
soltó á su furor la rienda.
Primero disimulaba,
por no atreverse á la esfera
de tanto sol, contemplando
que son sus alas de cera:
mas, como nunca el fuego
puede ocultar su fuerza,
en muy estudiadas voces
declaró á Genoveva
la pasion que ocultaba,
pero siempre la princesa
disimulaba advertida,
creyendo que á la insolencia
suele ser freno el desprecio;
mas se engañó, pues empieza

sin embozo el mayordomo
á conquistar su pureza;
hasta tanto que furioso
un dia en su cuarto entra
con un puñal en la mano
diciendo de esta manera:
—Señora, no es atrevido
el que fino amante llega
á explicar aquel incendio
que por sí se manifiesta.
Yo vivo por tí muriendo,
y por aliviar mi pena
he resuelto declararme,
pues es preciso que vea
logrado el fin de mis ansias,
ó que de una vez perezca
á los filos de este acero:
en tus manos, gran princesa,
está mi vida ó mi muerte...

Aun no dejó Genoveva
que acabara el mayordomo
de declarar su insolencia,
cuando con un santo enojo
desató su pura lengua,
diciendo:—Loco, atrevido,
¿es esta aquella promesa
con que ofreciste á mi esposo
servirme mientras su ausencia?
Vete de aquí si no quieres,
indigno de mi presencia,
que llamando á los criados,
castiguen tal desvergüenza.

Ausentóse el mayordomo,
mas como rabiosa fiera,
intenta viles venganzas
por ver frustrada su idea;
y así un dia á los criados
llama con grande reserva
y les dice:—Amigos míos
ya es preciso que mi lengua

publique lo que ocultara
si tan público no fuera.
Sabed, que rotas las leyes
de cristiandad y nobleza,
vive mal entretenida
la princesa Genoveva,
con un infame criado,
hombre de muy baja esfera.
La deshonra es ya notoria,
y temo que el conde sepa
lo que pasa en su palacio
antes que yo le dé cuenta.
Mi dictámen es que al punto
este criado se prenda,
y que en una oculta sala
pongamos á la princesa
hasta dar aviso al conde.

Ejecutó su sentencia
el ingrato mayordomo,
y envía con diligencia
una posta, para que al conde
del suceso diese cuenta.
Dejemos marchar al posta,
y vamos á la condesa.
Apenas se vió encerrada,
cuando en lágrimas deshecha,
suspira quejosa al cielo
implorando su clemencia.
—¿Qué delito he cometido,
decia con dulces quejas,
oh Dios, para que así trates
á esta humilde esclava vuestra?
Pero si es, Señor, tu gusto
acrisolarme con penas,
vengan más y más trabajos,
que ya me doy por contenta
en saber que yo padezco

por que Tú, mi Dios, lo ordenas
mas creciendo sus fatigas,
conoció de que se llega
el parto, sin tener nadie
que pudiese socorrerla;
y así, sola, entre suspiros,
entre sollozos y penas,
dió á luz un hermoso infante
heredero de su estrella;
pues aun antes de nacer
ya tenia la sentencia
de muerte, que el mayordomo
por culpar á la inocencia
y dar color á su engaño,
publicó que el niño era
fruto de los torpes lazos
en que estaba la condesa.
Apenas le vió nacido
sobre la desnuda tierra,
la triste madre le dice:
—Verdaderamente, apenas
naces, hijo, cuando empiezas
á padecer la tormenta
en que naufraga tu madre,
y has de ser en la tragedia
cómplice de mi infortunio,
porque así el cielo lo ordena;
y ya que en este desamparo
no puede librarte, espera,
te daré lo que más vale
alistándote en la Iglesia.

En este devoto empleo
dejemos á Genoveva,
y en la segunda parte
daré fin á la tragedia,
de la penitente vida
de esta gloriosa princesa.



en que se dá fin á la peregrina historia de la virtuosa princesa
de Erabante Santa Genoveva.

Militaba Sigifredo
contra la tropa agarena
dando asuntos á la fama,
y triunfos á sus banderas,
cuando recibió del posta
la carta en que le cuenta
el mayordomo el enredo
con que culpó á Genoveva.
Apenas la leyó el conde
cuando como cruel fiera,
saliendo de sí furioso
exclamó: — ¡Oh, vil princesa!
¿Así miras por mi honor
al tiempo que yo en la guerra
con mi propia sangre añado
nuevo lustre á tu nobleza?
¿Es posible que así pagues
el amor y la fineza
con que siempre te he querido?
¿qué se hizo tu firmeza?
Mas, ¿qué es esto que me pasa?
No, no es posible que quepa
tal desórden en mi esposa
más pura que las estrellas.
Pero, ¿cómo no ha de ser
si lo dice por mi afrenta
ese infante, que es aborto
de su torpe incontinencia?
¡Oh, tirana! yo te ofrezco
el darte la recompensa
por tu loco devaneo.

Así dijo, y con presteza

escribió, y despachó al posta
con una carta que entrega
al mayordomo, en que el conde
manda que con gran cautela
al criado den la muerte,
y que luego é Genoveva
con el hijo que ha parido
los retiren á una sierra
donde les quiten las vidas,
y que se traigan por señas
de que queda ejecutado,
la lengua de la princesa.
Alegróse el mayordomo
con estas infaustas nuevas,
y al punto le dió al criado
una bebida en que beba
sin ser sentida la muerte,
y manda que á Genoveva
le avisen que se prepare,
que está su muerte muy cerca.
Lleváronla la noticia
á esta inocente princesa,
y bañada en tierno llanto
arroja al cielo sus quejas
diciendo: — ¡Jesus piadoso,
es justo que la inocencia
padezca tales rigores
á manos de la insolencia!
Si acaso os he ofendido,
pague yo sola la pena;
pero este inocente niño,
¿qué culpa tiene, qué ofensa

pudo cometer naciendo,
sino nacer de mí misma?
¡Ay, hijo de mis entrañas,
que has venido á pasar penas
por nacer de una infeliz!
Mas, detente, infame lengua,
que quiero morir gustosa,
supuesto que así lo ordena
aquel Dios, á quien he dado
de mi amor la mejor prenda.

Mientras esto, el mayordomo
á dos criados ordena
que con disimulo saquen
hácia un bosque á la princesa
con su hijo, y que á los dos
les den la muerte que expresa
en su carta Sigifredo,
para vengar sus afrentas.
Obedecen los criados,
y á estos dos corderos llevan
para ser sacrificados.
Aquí enmudece mi lengua,
aquí faltan los sentidos
y el corazon titubea
al oír el dulce llanto,
los suspiros y las quejas
con que humilde se despiden
de su casa Genoveva.
—Adios, hermanos, decia,
adios, montes, adios selvas,
adios, patria amada mia,
adios, amigos, que es fuerza
obedecer á mi esposo;
llorad tristes mis exequias,
y sedme fieles testigos,
que mantuve la firmeza
que á tal esposo debía.
Con esto llegó á la breña
destinada para campo
de tan funesta

Paráronse los criados,
y la dicen,—Genoveva,
como mandados venimos
á ejecutar la sentencia
que manda el conde tu esposo:
y así es preciso que muera
este niño y luego tú
la misma suerte padezcas,
dijeron, y al dar el golpe
en aquella planta tierna,
les dijo la triste madre:
—Detened si no sois fieras
ese golpe, en mí primero
ese agudo acero hiera,
y no queráis que una triste
duplicada muerte tenga
viendo morir á mi hijo.
Mas por alta Providencia
los criados se conducen,
y entre sí mismos conciertan
dejar vivos á los dos
en aquella oculta sierra.
Así lo hicieron, llevando
al mayordomo la lengua
de un perro, con que ocultaron
su compasiva clemencia.
Quedáronse los dos solos
en la intrincada maleza
de aquel monte, sin tener
más abrigo que las peñas,
más amparo que el del cielo,
ni mas compañía que fieras.
Anduvieron algun poco
al eco de una risueña
fuente, que los convidaba
con sus cristalinas perlas
Se acercó la triste madre,
y reparó que allí cerca
se ocultaba entre unas ramas
una retirada cueva,



Alegróse por hallar
algún sitio donde pueda
reclinar al tierno infante
seguro de tantas fieras.
Levantó al cielo los ojos,
y agradeció con fineza
encontrar algún amparo
contra tantas inclemencias.
En este tiempo repara
que por la celeste esfera
bajó un ángel que en sus manos
trae la Imágen perfecta
de Jesús Crucificado,
y llegándose á la cueva
la dice en dulces palabras:
— «Ea, amada Genoveva,
por más penas que te sigan,
por más trabajos que tengas,
los endulzará Jesús
con la sangre de sus venas.
En Él hallarás alivio,
veslo, aquí lo dejo en prendas
de que no te desampara;
vive en Dios, con él te quedas.»
Desapareciendo el ángel,
quedó la santa princesa
tan alentada, que todos
los trabajos é inclemencias
los llevaba con más gusto
que su pérdida grandeza.
Así pasó algunos días
manteniéndose con yerbas,
con que llegó á tal estado,
que perdida la belleza
de su rostro, aun no era sombra
de su antigua gentileza;
pero lo que más la aflige
es que la mucha abstinencia
la debilita de modo
que falta á sus pechos néctar

con que mantener al niño
que con llantos y con señas
le pedía de mamar;
y acudiendo á la clemencia
de Cristo Crucificado,
reparó que hácia la cueva,
se venia presurosa
una muy hermosa cierva,
y acercándose al niño
de mamar le dió halagüeña.
Con este raro prodigio
se consoló Genoveva,
y más viendo que dos veces
en cada día, la cierva
daba de mamar al niño.

Dejemos á la princesa
y vamos á Sigifredo
que, concluida la guerra,
se volvía á su palacio,
sin apartar de su idea
la muerte que mandó dar
á su amada Genoveva.
Andaba siempre confuso
culpando su ligereza
de mandar quitar la vida
sin examinar las pruebas.
Los amigos le acompañan
y piden que se divierta.
A este fin dispuso un día
irse á un bosque donde pueda
divertir su pensamiento
en la gustosa tarea
de la caza, convidando
á sus parientes; se acercan
á un monte, y á pocos pasos
descubrió el conde una cierva
que medrosa se retira,
y Sigifredo se empeña
en seguirla, hasta tanto
que se amparó de una cueva.

adonde llevaba al conde
la divina Providencia.
Desmontóse del caballo
para hallar con más presteza
la cierva que perseguía,
y muy cerca de la puerta
divisa un bulto, y dudando
si era hombre ó si era fiera
entre confuso y turbado
le preguntó que quién era;
entonce, anegada en llanto,
le respondió la princesa:
—Soy una infeliz mujer
á quien trajo á esta aspereza
el haber sido constante;
y por excusar molestia
digo de una vez que soy
la princesa Genoveva.

Apenas la escuchó el conde,
cuando postrado en la tierra,
la pide que le perdone,
diciéndola:—¡Oh, gran princesa!
yo soy quien tiene la culpa
por creer con ligereza
delitos donde no caben;
perdóname, amada prenda,
y á trueque de hallarte viva,
cesen pasadas ofensas.
Convocó á los compañeros
y del caso les dá cuenta.
Vinieron á la ciudad,
y con suntuosas fiestas
celebraron el hallazgo
del infante y la princesa.

Luego al punto mandó el conde
que al mayordomo prendan,
y que atado á cuatro brutos
pague el infame la pena
de haber supuesto un delito
contra tan santa princesa.
Poco el gusto les duró,
porque la mucha abstinencia
que por casi siete años
padeció esta gran princesa,
la redujo á tal estado
que sin poder socorrerla
llegó el trance de la muerte;
porque es preciso que tengan
su premio tantos trabajos
y goce de gloria eterna.
Sintiéndolo en extremo el conde,
que fino amante quisiera
morir también con su esposa
por no morir de pena.
Y viendo cuán poco dura
de este mundo la grandeza,
se retiró con su hijo
á una penitencia austera,
donde haciendo santa vida,
fueron á gozar la eterna.

Esta es la admirable historia
trágica de la princesa
de Brabanté, cuya vida
la santa romana Iglesia
nos propone para ejemplo.
Pidamos que nos defienda
de traidores enemigos
y de tan nocivas lenguas.